

## CAPÍTULO X

Teogonía maya.— Variedad del culto en cada ciudad.— Principios religiosos comunes á toda la Península.— Dios, el alma y la vida futura.— Multitud de ídolos.— Sacrificios humanos.— Antropofagia.— Sacerdotes.— Bautismo, confesión y penitencia.— Testimonio que dan nuestras ruinas de otro culto público, que no refieren los historiadores.

Algo hemos dicho en los capítulos anteriores sobre la teogonía de los antiguos yucatecos. Ya hemos visto que los itzaes profesaban el culto de Zamná y los mayas el de Kukulcán. Hemos visto también que varias ciudades, como Itzmal y T-Hó, tenían sus ídolos especiales, y lo mismo puede decirse en general de todas las poblaciones de alguna importancia.

Así, Campeche veneraba en sus altares al dios de las crueldades, á quien se daba el nombre de *Kinchachau Haban*, y en cuyas aras se sacrificaban á menudo víctimas humanas (1). El templo de esta sangrienta deidad era probablemente el que, según Landa (2), estaba construído dentro del mar, á poca distancia de la orilla, y cuya forma era cuadrada, con escaleras en todos sus costados para subir á la cima. El ídolo estaba colocado entre dos fieros animales, que le devoraban las entrañas, y tenía á los pies una gran serpiente de piedra, que se tragaba á un león. Este grupo terrible, manchado continuamente con la sangre de los sa-

(1) COGOLLUDO, *Historia de Yucatán*, libro IV, capítulo VIII.

(2) *Relación de las cosas de Yucatán*, § III.

crificios, debía producir en sus adeptos la influencia que convenía á los sacerdotes.

Cozumel tenía también sus ídolos especiales. Veneraba uno, al cual se daba el nombre de *Ahulané* ó *Ahulneb*, del cual no se refiere particularidad alguna (3). Adoraba otro, cuyo nombre se ignora, y que se prestaba á una superchería grosera del sacerdocio. Su estatua era hueca, á fin de que un hombre pudiese introducirse en ella y contestar á las preguntas de los que iban al templo á consultar el oráculo (4). Preténdese también que en Cozumel era adorada la cruz, como dios de las lluvias, y se citan algunas palabras del historiador Gomara para comprobar esta aserción (5). Pero la verdad es que el deseo de encontrar analogía entre la teogonía maya y la religión cristiana, ha hecho nacer muchas opiniones que carecen de fundamento. Más adelante hablaremos del hecho que dió origen á esta creencia, y probaremos, con la autoridad del Dr. D. Pedro Sánchez de Aguilar, que no merece crédito ninguno (6).

No deja de sorprender que en un recinto tan estrecho como el de la Península se profesasen tantas religiones diversas sin producir frecuentes convulsiones. ¿Consistirá este fenómeno en que el paganismo es favorable á la libertad religiosa, á la tolerancia en materias de conciencia? Casi nos inclinamos á creerlo así, porque se ha observado que los pueblos idólatras de uno y otro continente pocas veces han mezclado á los dioses en sus contiendas. Hase notado, al contrario, que después de una guerra sangrienta, la nación vencedora ha colocado en sus altares á los ídolos de la nación vencida. La historia romana presenta no pocos ejemplos de esta singularidad.

(3) COGOLLUDO, *ubi supra*.

(4) COGOLLUDO, *Historia de Yucatán*, libro IV, capítulo IX.

(5) COGOLLUDO, *ubi supra*.

(6) Véase el libro II, capítulo V, de esta obra.

Las diferencias que existían entre el culto de cada ciudad, no eran un obstáculo para que estuviesen de acuerdo en ciertas ideas, que si se ha de creer á los historiadores del siglo XVI y del XVII, eran comunes á toda la Península. Vamos á examinarlas rápidamente.

Los mayas creían en esos tres grandes principios que son la base de la moral universal y constituyen el fondo de casi todas las religiones: la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y una vida futura en que se premia al bueno y se castiga al malo. Ninguna duda se puede abrigar sobre estas creencias, porque para cada una de ellas tenían una palabra especial en su idioma. Dios se llamaba *Kú*, el alma *pixan*, el cielo *caan* y el infierno *mitnal* (7), *metnal* ó *mecnal* (8). De *Kú* decían los mayas que era incorpóreo, y por eso no le representaban con imagen ninguna (9); del cielo, que era un lugar amenísimo donde los buenos eran regalados con suntuosos banquetes y reposaban bajo las ramas de una frondosa ceiba (*yaxché*); del infierno decían, en fin, que era un lugar oscuro, donde los malos eran atormentados con hambre, frío y cansancio (10). No dejará de llamar la atención del observador que una religión nacida bajo el ardiente sol de los trópicos enseñase el dogma de que el infierno era frío, mientras que otras religiones que han nacido ó se profesan bajo la zona templada enseñan que aquel lugar está dotado de una temperatura candente. El *metnal* estaba bajo las órdenes de un diablo principal, que según Landa se llamaba *Hunhau*, y según Cogolludo *Xibilbá* (11).

Tal era el fondo de la teogonía maya, al cual nada ten-

(7) LANDA, *Relación de las cosas de Yucatán*, § XXIII.

(8) DON JUAN PÍO PÉREZ, *Diccionario*.

(9) COGOLLUDO, obra citada, libro IV, capítulos VI y VII.

(10) El mismo, obra citada, libro IV, capítulo VII.—LANDA, obra citada, § XXXIII.

(11) Lugares citados.

dria que reprochar el moralista más exigente. Desgraciadamente, detrás del *Kú* incorpóreo venía una caterva de dioses que, según Landa y Cogolludo, eran reconocidos en toda la Península. El progenitor de todos era *Hunab Kú* ó *Kinchachau*. Este se había casado con una mujer llamada *X' azal uoh*, que había sido la inventora de las telas, y de esta unión había nacido *Itzamná*. *X-Kanleox* tenía también la honra de ser madre de muchos dioses. No eran éstas las únicas deidades hembras de la mitología yucateca, pues también tenían un lugar distinguido en sus altares *Xchebel yax*, la inventora de la Pintura y del Bordado; *Xchel*, la que descubrió las virtudes químicas de las plantas y fundó con *Zamná* la Medicina, y, por último, *Zuhuy Kak* (fuego virgen), una de las vestales de Uxmal, que por sus grandes virtudes fué elevada á la apoteosis.

Entre las deidades del sexo masculino descollaban *Citbolontun*, dios también de la Medicina; *Xocbitun*, del Canto; *H-Kin Xoc*, de la Música y de la Poesía, á quien también se daba el nombre de *Pizlintec*.

Para la guerra había dos ídolos especiales, además de *Kukulcán*, de quien tanto hemos hablado. Llamábase *Kakupacat* (vista de fuego) y *H-Chuy Kak*; el primero se aparecía en las batallas con una rodela de fuego, y el segundo marchaba siempre con el ejército, cargado por cuatro capitanes.

El gigante *Chac* era el dios de la Agricultura, de los truenos y de los relámpagos. *Mul Tul Tzec* era el terror de sus adeptos, porque reinaba en los días aciagos, y no había mal que acaeciese entonces, que no se le atribuyera. *Htubtun* escupía piedras preciosas, cuya circunstancia debía ocasionar que su templo fuese muy concurrido. De *Tel Cuzán* y de *Lakunchan* no se refiere más singularidad que la de tener éste los dientes muy disformes y aquél las espinillas como una golondrina.

No eran éstos los únicos dioses que poblaban el empiéreo

maya. El paganismo nunca se ha detenido en crear divinidades hasta el infinito, y en Yucatán las había para los caminantes, para la caza, la pesca, las sementeras y para todas las profesiones y ocupaciones del hombre. La vista tropezaba á cada paso con su efigie, pues se les colocaba en los caminos, en las entradas de los pueblos, en las escaleras de los templos y en el interior del hogar doméstico (12).

No osaremos entrar en los detalles del culto que se tributaba á cada una de estas divinidades. Landa dedica unas ochenta páginas de su *Relación* á describir las fiestas religiosas de los mayas, y á ella remitimos al lector que desee conocerlas con todos sus pormenores. De estas fiestas, unas tenían por objeto pedir al cielo la lluvia necesaria para fecundizar los campos, y otras aplacar su cólera con sacrificios sangrientos. Todas comenzaban por un acto, que tenía por objeto lanzar al demonio del templo; seguíase algún baile sagrado, en que nunca tomaban parte las mujeres, y terminaban todos con un banquete opíparo, en que no escaseaba el *balché*. La mesa se cubría generalmente con las ofrendas que los devotos habían depositado al pie de los altares.

No podemos decir con exactitud la época en que los sacrificios humanos fueron introducidos en la Península. Todo inclina, sin embargo, á creer que fueron desconocidos por los itzaes, y que no comenzaron á usarse sino después de las invasiones de los toltecas. Pero sea cual fuere su antigüedad, debe decirse en honor de los mayas que los usaron con parsimonia, y que no siempre desplegaron en ellos la crueldad que otros pueblos del antiguo y nuevo continente.

Había varias clases de sacrificios. Ya hemos hablado del que se verificaba en Chichén Itzá, arrojando vivas á las

(12) COGOLLUDO, obra citada, libro IV, capítulo VIII.

víctimas en el cenote. En los demás lugares de la Península se usaban otras dos especies: unos, en que el paciente moría flechado; otros, en que se le abría el corazón en el lugar destinado para aquel objeto. Cualquiera que hubiese de ser el sacrificio, el sacerdote lo anunciaba con anticipación al pueblo, á fin de que se proporcionase la víctima. Los devotos abrían una especie de suscripción para comprar á escote un esclavo, y no era rara la ocasión en que los libraba del gasto un fanático, que ofrecía un hijo suyo para aplacar la cólera de los dioses. El infeliz mortal destinado para el holocausto, era rodeado inmediatamente por un gran número de personas, que so pretexto de honrarle y divertirle, le vigilaban para que no se fugase ni se manchase con algún acceso carnal. Dábanle de comer espléndidamente, y le llevaban de pueblo en pueblo, entre los bailarines y farsantes que componían su séquito. Era el héroe de todas las fiestas, y todos se afanaban en complacerle, porque decían que era el elegido de los dioses, á cuya mansión debía ir después de su muerte.

Llegado el día de la sangrienta ceremonia, se le conducía al templo, y si debía morir flechado, se le conducía al patio, en cuyo centro se elevaba una gran columna de madera, clavada en el suelo. Desnudábanle completamente, le untaban el cuerpo con una pintura azul y, luego que los sacerdotes lanzaban al espíritu malo de aquel lugar, todos los circunstantes comenzaban á bailar alrededor de la columna, llevando á las espaldas sus arcos y sus flechas. En medio del baile la víctima era atada al poste, y el primero que la hería era el sacerdote, quien humedecía sus manos con esta sangre caliente para untar con ella á los dioses. Hacía en seguida una señal, y entonces los bailadores, dando mayor viveza á sus movimientos, comenzaban á arrojar sus flechas sobre la víctima, pasando rápidamente delante de ella, hasta formarle una especie de erizo sobre el corazón.

En la otra especie de sacrificio de que hemos hablado, luego que se desnudaba á la víctima y se le pintaba el cuerpo de azul, cuatro ministros, á quienes se daba el nombre de *chaces*, se apoderaban de ella, la colocaban de espaldas sobre el altar y la sujetaban fuertemente por los brazos y las piernas. Entonces se presentaba el sacerdote, quien con suma destreza le abría el pecho, metía la mano en la herida, se apoderaba del corazón y, arrojándolo todavía palpitante sobre un plato de barro, corría adonde estaba el ídolo y le untaba el rostro con aquel sangriento trofeo. Este sacrificio solía verificarse en una piedra que había cerca de las escaleras del templo; pero cuando en las grandes solemnidades, sin duda, se celebraba en la cima de los montículos, ante la inmensa muchedumbre que concurría á presenciarlos, la sangrienta ceremonia no terminaba aquí. Luego que se arrancaba el corazón á la víctima, el cuerpo era arrojado al pie del cerro, donde ya le aguardaban varios ayudantes del templo, que inmediatamente le quitaban la piel con sus cuchillas de pedernal, y la arrojaban sobre los hombros del sacrificador. Éste se envolvía con ella y bailaba una danza frenética con todos los circunstantes, regando con gotas de sangre el lugar de la escena. El cadáver era sepultado ordinariamente en el templo, aunque algunas veces se le descuartizaba para distribuirlo entre los asistentes, que lo comían en sus casas. En este caso, si la víctima había sido un cautivo hecho en la guerra, el aprehensor tenía derecho á los huesos para sacarlos por divisa, en señal de victoria, en todos los actos de la vida pública (13).

Las mujeres no eran generalmente admitidas á esta clase de sacrificios, á no ser que hicieran el papel de víctimas. Pero ellas sacrificaban por sí mismas toda clase de animales en los templos, y no les faltaba valor para arran-

(13) LANDA, *Relación de las cosas de Yucatán*, § XXVIII.

carles el corazón y ofrecerlo todavía caliente en el altar de los dioses (14).

El sacrificio era una fiesta solemne á que asistían las clases más elevadas de la sociedad, y que nada tenía de infamante para el que debía morir. Se le tenía, al contrario, por bienaventurado, y por eso se le cubría de flores y se le pintaba el cuerpo de azul. Procuraban, además, ahorrarle todos los tormentos posibles, dándole á beber un licor que le privaba de la razón y le ponía como fuera de sí (15). Las plazas de los templos se adornaban para la ceremonia, y luego que ésta terminaba, se distribuían sendas jícaras de licor á los concurrentes.

Había un cuerpo sacerdotal muy numeroso, para la práctica de todas las ceremonias del culto. El sacerdote ejercía una influencia poderosa en la sociedad; era el principal consejero de los reyes, y se le daba el nombre de *H-Kin*. Lizama cree que esta palabra se deriva del verbo *Kinyah*, que significa echar suertes y adivinar, porque uno de los oficios de los ministros del culto era interpretar por medio de suertes la voluntad de los dioses (16). Este nombre, ¿no sería aplicado primitivamente á los sacerdotes del sol, puesto que sol en lengua maya se dice *Kin*? Había varias clases de sacerdotes: los de la clase más elevada eran los depositarios de la ciencia, los que la enseñaban á sus sucesores y los que declaraban las necesidades de los pueblos y el modo de remediarlas. El *Chilam* era el que interpretaba la voluntad divina, por cuyo motivo era tan respetado, que muchas veces se le llevaba en hombros á los templos. El hechicero era el que curaba las enfermedades con

(14) LANDA, *ubi supra*, y en el § XL.

(15) COGOLLUDO, *Historia de Yucatán*, libro V, capítulo XIV.

(16) Extracto citado en el capítulo II de esta obra. *Kinyah* significa también «medicar con hechizos», en cuyo caso la derivación es también muy probable, porque uno de los oficios del sacerdote maya era curar y componer brebajes.

yerbas ó con sangrías, practicando algunos sortilegios que engañaban á los incautos. El *Chac* era un hombre anciano que se elegía periódicamente para ayudar á los sacerdotes en la ejecución de las fiestas religiosas. El *Nacón*, por último, era el que abría el pecho de la víctima en los sacrificios, cargo que Landa califica de poco honroso, aunque es verosímil que los mayas no lo creyesen así.

Preténdese que los antiguos yucatecos practicaron el bautismo y la confesión, y Lizama, Landa y Cogolludo se complacen en describir largamente las ceremonias con que se verificaba. Nosotros vamos también á hablar rápidamente de ellas, aunque con la desconfianza muy natural de que en aquellos piadosos historiadores hubiese obrado mucho el deseo de buscar las analogías de que otras veces hemos hecho mención.

Parece que el bautismo sólo se practicaba cada trienio en los niños de tres á doce años, que era la edad de recibirlo (17). Estos eran llevados á un extenso patio, previamente adornado y perfumado con yerbas olorosas, donde ya los aguardaban los *padrinos*, los *chaces* y el sacerdote. Allí eran colocados en filas, separando á los varones de las hembras, y después que arrojaban á un brasero el maíz molido y el incienso, que para este objeto les entregaba el bautizante, se llenaba un vaso de vino y se le entregaba á uno de los asistentes para que lo fuese á derramar fuera del pueblo. En él iba sin duda encerrado el demonio, porque esta ceremonia previa no tenía otro objeto que purificar el local. Desembarazado el sacerdote de tan incómodo huésped, se revestía de un ropaje que debía darle un aspecto fantástico (18), y armado de un hisopo no menos singular, bende-

(17) LIZAMA y TORQUEMADA, citados por COGOLLUDO, *Historia de Yucatán*, libro IV, capítulo VI.

(18) «Salía con un jaco de pluma colorado y labrado de otras plumas de colores, y que le cuelgan de los extremos otras plumas largas, y una como coraza en la cabeza de las mismas plumas, y debaxo del jaco muchos listones

cía á los niños, que tenían ya cubierta la cabeza con un paño blanco. Entonces, con un agua olorosa que se depositaba en un hueso, les humedecía la frente, las facciones del rostro y los dedos de los pies y las manos. Terminaba la ceremonia con algunas preces á los dioses para que hiciesen llover sus bendiciones sobre los bautizados, y luego que las madres de éstos ofrecían sus presentes de ropas, viandas y tortillas, se celebraba un banquete, en que solían ponerse beodos todos los asistentes.

La confesión se practicaba de un modo raro. Algunas veces se hacía al sacerdote; pero cuando éste no podía ser hallado ó no concurría por cualquier otro motivo, el que se hallaba en peligro de muerte, se confesaba con el médico, con el padre, con la madre ó con su consorte. Cogolludo asegura que el ministro de la confesión publicaba los pecados del paciente entre sus parientes inmediatos, á fin de que rogasen á Dios que se los perdonase (19). Landa, á su turno, manifiesta que las confesiones entre marido y mujer ocasionaban percances harto desagradables; porque si el enfermo sanaba y las debilidades que confesaba no eran muy agradables para el otro cónyuge, el hogar doméstico se convertía para ambos en un infierno y acababan por divorciarse (20).

La penitencia, así pública como privada, era conocida también entre los mayas.—Sujetábanse en los templos á operaciones dolorosas, que consistían en derramamientos voluntarios de sangre y en algunas amputaciones ligeras, de que dejaban vestigios en los altares (21). Los ayunos y

de algodón hasta el suelo como colas, y con un issopo en la mano, de un palo corto muy labrado, y por barbas ó pelos del issopo, ciertas colas de unas culebras que son como caxcabeles....» (LANDA, *Relación*, § XXVI.)

(19) COGOLLUDO, obra citada, libro IV, capítulo VI.

(20) LANDA, obra citada, § XXVII.

(21) LANDA, obra citada, § XXVIII.—«Que hacían sacrificios con su propia sangre, unas veces cortándose las orejas á la redonda, por pedazos, y allí los de-

abstinencias eran de rigor en épocas determinadas del año. En cierto número de días que precedían á la celebración de las fiestas religiosas, los sacerdotes y todos los que con cualquier motivo tomaban parte en ellas, guardaban una continencia absoluta y se privaban de comer carnes ó manjares sazonados con sal (22).

No terminaremos este rápido examen de la teogonía maya sin hacer notar que los historiadores antiguos no dejaron escrita una sola palabra sobre el culto que nuestros predecesores en esta tierra profesaron al sol, al *phallus* y á la serpiente. ¿Cuál será el motivo de este silencio? ¿Será porque este culto fué completamente destruído por los mismos que asolaron nuestras antiguas ciudades, y porque con este motivo los mayas del tiempo de la conquista, que comunicaron con los misioneros, no conservaban ningún recuerdo de él? Todo esto es muy verosímil; pero no es posible dudar de la existencia de una religión que ha dejado vestigios tan patentes en nuestras ruinas.

De la adoración que se tributaba al sol, no solamente tenemos un recuerdo en las ceremonias con que se honraba al *Kinich Kakmó* de Itzamal, sino también en las imágenes de aquel astro reproducidas en los templos y demás monumentos públicos de otras ciudades (23). Del símbolo bajo el cual los itzaes adoraban la generación y la creación en general, se encuentran multitud de vestigios en los mismos lugares, y su existencia en los santuarios no per-

---

xaban en señal. Otras veces se agujeraban las mexillas, otras, los becos baxos, otros se separaban partes de sus cuerpos, otras se agujeraban las lenguas al soslayo por los lados y passaban por los agujeros pajas con grandísimo dolor; otras.....» No nos atrevemos á copiar lo demás.—Baste saber que de las huellas que esta superstición dejaba en los templos, se dedujo, sin más fundamento, que la circuncisión fué practicada entre los mayas.

(22) LANDA, *Relación*, § XXVII.

(23) STEPHENS, en varios pasajes de su *Viaje á Yucatán*, habla de estas imágenes. Véase especialmente el tomo II, capítulo III.

mite abrigar ninguna duda sobre el objeto con que fueron colocados allí. En cuanto á la serpiente, hay todavía mayor número de datos para comprobar el culto especial que le tributaban. El sumo sacerdote de Mayapán se daba el título de *Ahaucán* (serpiente real), y el rey del Petén se llamó *Can-Ek* (serpiente negra) hasta el día en que aquella región fué conquistada por los españoles. Este reptil se ve reproducido de cien maneras distintas y á cada paso en los monumentos antiguos. Se le pintaba en los cuadros, se le grababa en las vigas, se le representaba de bajo relieve en las paredes y se colocaba su estatua en los templos. Debía pasar por una deidad terrible, porque generalmente se la reproducía en actitud de estar irritada; ordinariamente llevaba entre las fauces la cabeza de un hombre ó de una fiera, y su imagen, como en Campeche, era muchas veces regada con la sangre de los sacrificios.

Vamos á presentar algunos testimonios de este culto, que podríamos llamar prehistórico, puesto que, como hemos dicho ya, ningún historiador dejó escrita sobre él una sola palabra. Nos limitaremos á citar á Stephens, el cual probablemente inspirará al lector la misma confianza que á nosotros.

He aquí lo que dice respecto de la imagen del sol, hablando de uno de los más hermosos edificios de Labná, y acaso de toda la Península: «Encima de cada puerta había un hueco cuadrado, en que existían aún los restos de un rico adorno en estuco, con visibles señales de pintura, al parecer representando la faz del sol, rodeada de sus rayos, y que probablemente sería objeto de culto y adoración, por más que hoy se presente tan miserablemente destruído.»

Respecto del *phallus*, escogemos, entre otros muchos pasajes, el siguiente, que se refiere á las ruinas de Uxmal: «Cerca del centro de la plataforma, á una distancia como de dieciocho pies del principio de la escalinata, existe un recinto cuadrado, que consiste en dos capas de piedras, so-

bre el cual está, en una posición oblicua, en actitud como de caer, una enorme piedra cilíndrica que mide, en la parte que está fuera de la superficie del terreno, ocho pies sobre un diámetro de cinco. Es notable esta piedra, por sus proporciones inusitadas é irregulares, y por su poca simetría y conformidad con todo lo demás que la rodea. Según la posición culminante que ocupa, no hay duda que estuvo destinada á algún uso de importancia; y puesto en relación con los otros monumentos hallados en aquel sitio, da lugar á creer que semejante piedra tiene alguna conexión con los ritos y ceremonias de cierto culto antiguo, conocido por algunas naciones del Oriente» (24).

En cuanto al culto de la serpiente, he aquí cómo se expresa, hablando del edificio más culminante de Chichén, llamado el *Castillo*. «Al pie de ésta (la escalinata del templo), formando un arranque atrevido para la parte superior, hay dos cabezas colosales de serpientes, de diez pies de extensión, con la boca abierta y la lengua de fuera. No hay duda que eran los emblemas de alguna creencia religiosa, y debieron de haber excitado un sentimiento solemne de terror en el ánimo del pueblo, dotado de imaginación, cuando se paseaba entre ambas cabezas» (25).

(24) *Viaje á Yucatán*, tomo I, capítulo VIII.

(25) Obra citada, tomo II, capítulo XVII.

## CAPÍTULO XI

Vestigios de un calendario anterior al tolteca.—Cronología maya.—El día.—La semana.—El mes.—El año.—Fiesta al dios «Mam».—Los cuatro Bacabes.—La época llamada «Aha».—Número de años que contenía.—El siglo.

Una de las señales más sorprendentes de la civilización de los mayas es el admirable arreglo de su calendario, tan perfecto casi como el del pueblo que en el siglo xvi los conquistó. Es sustancialmente el mismo que el de los toltecas y chiapanecos, aunque conserva huellas de que los astrónomos yucatecos no copiaron servilmente el de sus vecinos, sino que supieron acomodarlo á ciertas exigencias de su país. Conserva todavía otra huella más importante para el anticuario y el historiador. Hemos dicho en otra parte (1) que los toltecas que se establecieron en Xicalango trajeron consigo la reforma del calendario, con otras varias instituciones que los pusieron en pugna con los nahoas. El abate Brasseur habla en varias de sus obras (2) de esta reforma, sin decir en qué consistía ni aducir ninguna demostración; pero puede, en nuestro concepto, ser considerada como tal la alteración que en una época, que no es posible determinar con precisión, sufrió el sistema cronológico de nuestros antecesores en esta Península.

Hay, en efecto, motivos muy poderosos para creer que las

(1) Capítulo II de este libro.

(2) *Bosquejos de Historia, Arqueología, Etnografía y Lingüística*, informe sobre las ruinas de Mayapán y Uxmal.